

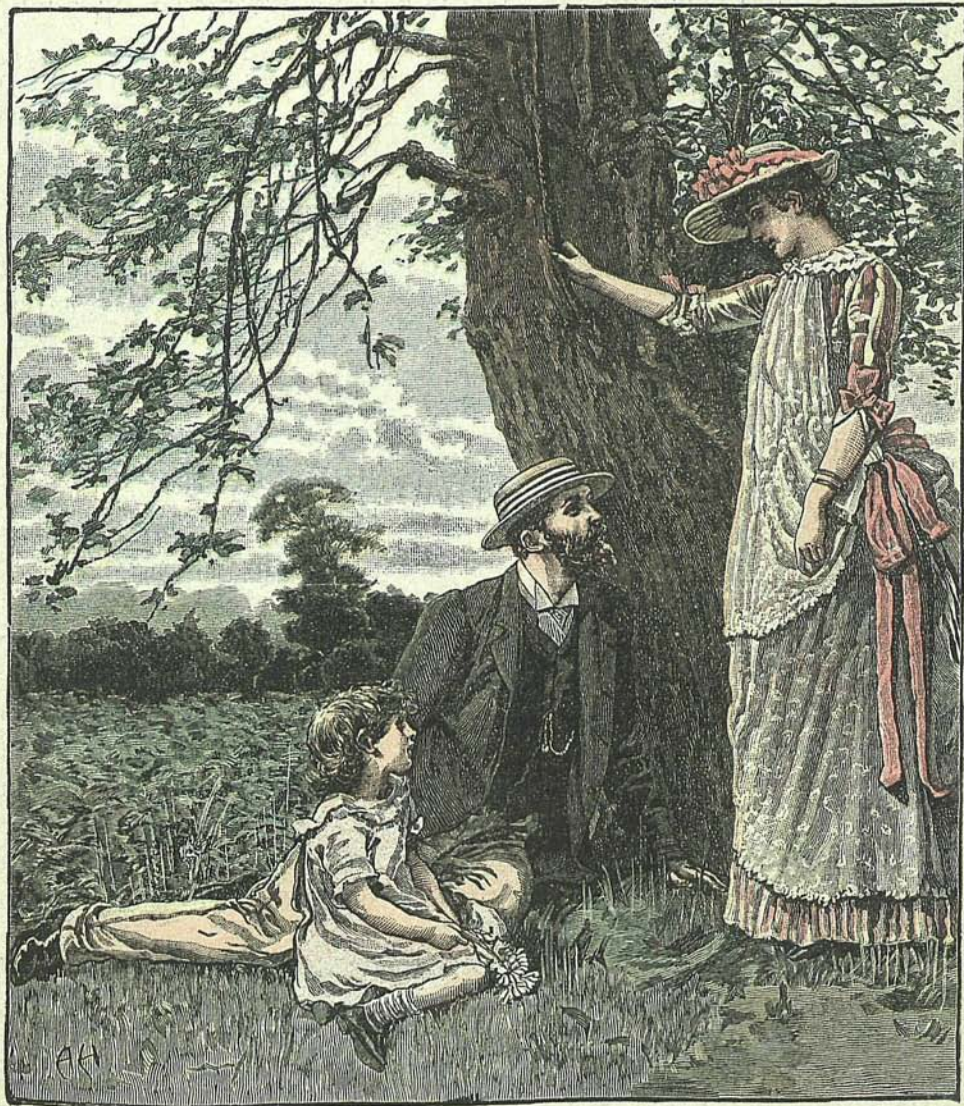
# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

21 de marzo de 1891

Núm. 177



PARTIDA DE CAMPO

## UN RATO DE CHARLA

**H**E visto con vivísimo placer que se preparan grandes fiestas, de carácter acentuadamente literario, en la ilustre ciudad de Salamanca para conmemorar el tercer centenario del fallecimiento de Fray Luis de León.

Nunca hubo más fundado motivo para conmemorar un acontecimiento histórico, genuinamente patriótico, español, castizo.

Fray Luis es una de las más insignes figuras de nuestra España, y casi no veo, en cierto concepto, quién se le pueda comparar. Como poeta, quizás nadie.

Existe una preocupación, muy laudable si se quiere, pero inexacta, suponiendo que en España tenemos grandes poetas líricos, cuando precisamente en esta parte apenas si (antes del presente siglo) nos llamamos *Pedro*. Pero, en cambio, ¡qué grandes, qué admirables poetas religiosos!

Y el primero (si es que no se quiere conceder este puesto á San Juan de la Cruz), el primero, Fray Luis de León.

Fué un poeta de primera talla, pero además fué un filólogo de primera fuerza. Pocos como él estudiaron tan profundamente nuestra lengua nacional, haciéndole adquirir una fluidez, armonía y número desconocidos antes de ponerse á escribir él.

Se trata, pues, de celebrar la conmemoración de un hombre admirable desde muchos puntos de vista, aun desde el punto de vista de su vida privada, dechado de honradez y de entereza.

Yo creo que todos vosotros conoceréis á Fray Luis de León; pero, si no fuese así, os lo recomiendo calurosamente como un modelo sin par en la lengua castellana. No conozco obras más hermosas, como forma (y como fondo también), que *Los nombres de Cristo* y *La perfecta casada*. Este último libro, sobre todo, es puro y simplemente delicioso, con sus puntas y ribetes de maliciosillo, de aplicación perfectamente actual.

Bien venida sea, pues, la idea de la digna *Academia de Meléndez Valdés* (aunque, á mi juicio, no merezca el Sr. Meléndez Valdés dar nombre á una Academia tan docta), y quiera Dios que nuestros literatos acudan al certamen abierto por dicha corporación.

Que no acudirán muchos, de seguro, porque nuestros literatos no suelen, salvo honrosas excepciones, devanarse demasiado los sesos,





¡A la escuela!

bastándoles con la inspiración del Espíritu Santo para sabérselo todo. Aquí todo el mundo se hace lenguas de Menéndez Pelayo (al cual ponen de vez en cuando algún reparo en el extranjero), pero nadie cuida de hacer como él.

Triste es confesarlo, pero la mayoría de los que escriben brillan por su ignorancia. ¿No me quedé el otro día *patidifuso* al encontrarme con que un reputado crítico de Madrid, después de equivocarse la palabra *fase* con la palabra *faz*, le endilgaba á Virgilio, ó, como decía él, al *vate mantuano*, aquel tan sobado verso de

*Non raggionam di lor... etc.,*

que hasta mi criada sabe que es del Dante?

Verdad es que un *público* que deja pasar aquello de que un coronel del tiempo de Felipe V diga que estuvo en Austerlitz, pasa por todo lo que le quieran hacer tragar. ¡Y luego nos extrañaremos del éxito de ciertas empresas!

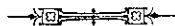
Yo no sé qué les costaría á tantos como escriben sin saber lo que se pescan estudiar un poquito á nuestros clásicos, y entre otros á Fray Luis de León (llamado *Fray Diego* por el difunto general Narváez en pleno discurso pronunciado ante el Senado). Valdría más eso que no que emborronaran cuartillas contando alguna aventura cursi, desdichadamente hilvanada.

Comparando el nivel actual de nuestros estudios con el que alcanzaban dos siglos há, se ve que hemos bajado mucho. Sin duda que entonces no había tanto doctor en ciencias como ahora, ni tantos ingenieros de caminos; pero aun en la esfera científica se veía algo notable: por ejemplo, nuestros incomparables ingenieros militares, nuestros profundos médicos, nuestros arquitectos. Más aún: dando de barato que los *científicos* no abundasen tanto como hoy, quedaban los literatos, que si por algo se perdían era por hacer alarde de saber demasiado.

Hoy también, ¡vive Dios! Y es que lo da el tiempo: cualquier atrevido se pone á escribir con la mayor frescura, sin encomendarse á Dios ni al diablo, sin perjuicio de quedarse con la boca abierta si le dicen que en España no hemos tenido nunca, hasta ahora, regulares poetas líricos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





Diferencias

## EL PERRO DEL ESCUADRON

(Conclusión)

### III

Desembarcado que hubieron en el Nuevo Mundo, veíase el escuadrón precisado á hacer frecuentes altos en sus fatigosas y comprometidas marchas, prolongándose uno de ellos algo más de lo regular. Repartióse una ración á los soldados y un pienso á los caballos, arregláronse las monturas y acémilas, pasóse lista, y, ya dispuestos para ponerse otra vez en marcha, echó de ver Durand que *Pistón* no andaba por allí.

Llamóle varias veces, pero el can no aparecía. Al fin, después de repetidas pesquisas, viósele llegar anheloso y fatigado por entre una nube de polvo que en desatentada carrera levantaba, y sosteniendo un hermoso gallo entre sus dientes. Al verle con su presa algunos soldados batieron palmas: Durand, sin embargo, no participó de sus entusiasmos y alegrías. Arrebató la presa de entre los dientes de *Pistón* y, presentándolo al capitán de guardia, le denunció quién era el autor del hurto. El capitán rióse del incidente, ofreciendo desde luego á Durand indemnizar á quien reclamara el volátil hurtado.

—Y al ladrón,—preguntó Durand,—¿qué castigo le impongo?

—Por hoy ninguno,—contestó el capitán;—pero si vuelve á las andadas, propinarle una buena paliza para que no vuelva á reincidir.

Por desdicha del perro, la reincidencia no se hizo esperar.

Al otro día, al hacer un nuevo alto, advirtióse otra vez la ausencia de *Pistón*.

Buscósele por todas partes, pero todo resultó inútil: hasta al cabo de una hora el perro no compareció, llevando, como el día antes, su presa de corral, que era esta vez un soberbio capón.

En cuanto le vió, agarróle Durand por las orejas, propinándole una paliza tan tremenda que el pobre animal apenas si quedó sin parte dolorida por aquel fiero arrebató.

Durante el día viósele triste y con las orejas gachas, mirando siempre á Durand con melancólica expresión.

Algunos cazadores atribuyeron el estado del perro al severo castigo que había llevado, y del cual se disculpaba el veterinario diciendo:

—Era preciso. Al paso que llevábamos este perro hubiera sido la deshonra del escuadrón: una paliza propinada á tiempo es siempre un remedio eficaz.

Durand se engañaba, sin embargo.

Las tristezas del perro tenían un origen totalmente distinto del que el veterinario suponía, como no tardó en poder observar.

Puestos en marcha la mañana siguiente, al primer alto que el escuadrón hizo encontróse á faltar de nuevo á *Pistón*. ¿Por dónde andaría el apaleado perro? ¿Se habría extraviado durante la última marcha? O, más cuerdamente pensando, ¿la paliza sufrida le había decidido á abandonar el escuadrón?

Así discurriendo, vióse de pronto sorprendido Durand con la llegada del perro, que no llevaba ya una presa, sino dos.

El asombro del hombre no tuvo límites. Cediendo á un impulso de su latente ira, se disponía á castigar de nuevo al animal, pero el capitán lo contuvo.

—Deja en paz á este pobre perro,—le dijo,—ya que no tiene conciencia del bien ni del mal. Por lo que acabo de ver, supongo, y no sin fundamento, que este animal ha sido adiestrado en el robo por algunos soldados del escuadrón.

Y así era, en efecto: Perico y algunos camaradas inclinaron el perro al hurto, castigándole severamente las noches que volvía de sus correrías sin llevarles alguna ave de corral. Acostumbrado de continuo á las bondades de Durand, creería que le castigaba por poquedad del hurto cometido, y, deseando granjearse de nuevo su estimación, no quiso volver á su presencia sin doblar el delator obsequio que tan caro le costó.

A fin de evitar nuevos hurtos, Durand decidió llevar al perro atado de una soga sujeta al barrote de una de las acémilas, precaución que puso furioso al animal, ya que cada vez que intentaba evadirse estaba á punto de morir estrangulado.

De grado ó por fuerza, no tuvo, pues, otro remedio que conformarse con su suerte, no recobrando su libertad hasta el día que el escuadrón se dispuso entrar en campaña.

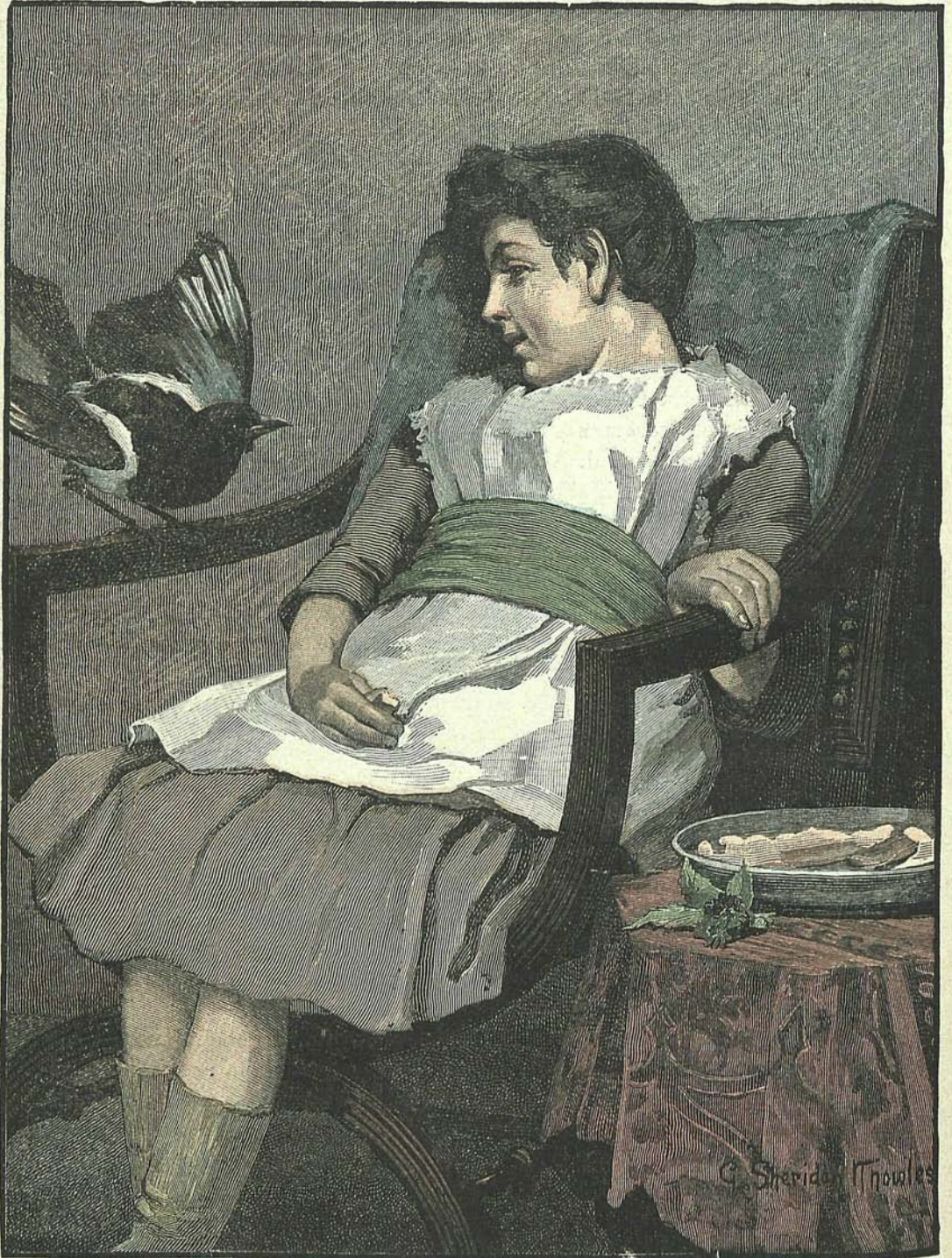
#### IV

Apenas empezadas las operaciones, *Pistón* se reveló un peritísimo guía para su escuadrón. Con su privilegiado olfato descubría á la legua la presencia del enemigo, que acechaba con igual ahinco que pocos meses antes empleaba para descubrir á las aves de corral: de ahí que en cuantos reconocimientos se practicaban acompañase siempre á su escuadrón.

Un día, en la toma de la Puebla, al practicarse un reconocimiento en los alrededores de la plaza, *Pistón* advirtió con sus aullidos la proximidad de una guerrilla que amenazaba sorprender y copar el destacamento de la avanzada francesa. Advertidos á tiempo los soldados, envolvieron al enemigo cuando más seguro se creía, consiguiendo por sorpresa la más brillante é inesperada victoria.

Sin embargo, aquel descalabro exasperó á los mejicanos, los cuales, reodblando sus fuerzas, se aprestaron para el inmediato desquite. Rotas las hostilidades en momento inesperado, batiéronse los franceses con gran arrojo;





LA URRACA





RETRATO DE NIÑA

pero como quiera que el enemigo les superaba considerablemente en número, causóles dolorosas y sensibles bajas, siendo el primero en caer Durand, que recibió en el pecho una herida de suma gravedad.

Al verle caer *Pistón*, que en los momentos de peligro jamás se separaba del lado de su amo, presentó su cuerpo á la boca de un fusil enemigo, cuyo disparo le dejó muerto en el acto.

El dolor de los soldados ante la pérdida de su fiel amigo no tuvo límites: algunos propusieron su inmediato embalsamamiento; pero como en campaña no se dispone más que de lo preciso, á falta de otro tributo de cariñosa memoria, acabada la acción cavaron un hoyo al pie de frondoso laurel, y, sepultado que hubieron en él al leal y viejo perro, grabaron en el tronco del árbol una inscripción que recuerda al que visita aquellos sitios la heroica fidelidad del perro del escuadrón.

TRINIDAD DE LA ROSA

---

## METEOROLOGÍA

---

### LOS VIENTOS.—TROMBAS Y CICLONES

---



Jamin ha explicado magistralmente los puntos de que vamos á tratar ahora, por lo cual seguiremos en gran parte lo expuesto en diversos libros y memorias por el ilustre académico de la de Ciencias de París. «No hay,—dice,—mecanismo más sencillo, como no lo hay más acabado, que el que regula la circulación general del aire atmosférico, cosa que haré comprender fácilmente mediante algunos ejemplos familiares. Al tiempo que arden los troncos de leña en nuestros hogares, el aire se calienta, hácese más ligero y se eleva en la chimenea, donde no se detiene ni aun al salir, porque vemos, si el tiempo está sereno, que el humo continúa su ruta ascendente. Este movimiento forma en el hogar un vacío parcial, rellenado al momento por el aire frío del aposento, que toma el mismo camino. La circulación entretiene la combustión, la combustión el calor y el calor la circulación. Si entonces ponéis la mano en las rendijas y junturas de las puertas, sentiréis un aire frío que trae á la estancia el aire que se lleva incesantemente la chimenea. Estudiad de igual manera la serie de los fenómenos que se perpetúan en una lámpara. Lanza por su chimenea de cristal una corriente rápida y muy caliente que va á explayarse bajo el techo, corriente bastante ardorosa para quemar la mano y bastante rápida para agitar y aun apagar una bujía que allí se coloque; pero subiendo continuamente, llama esta corriente, sin cesar, el aire del aposento á través de una pequeña galería abierta que se ha tenido cuidado de colocar bajo el cristal. De esos ejemplos puede deducirse una



regla, una ley física: cuantas veces el aire queda calentado en un lugar, se eleva y llama para reemplazarle el de las partes vecinas.

»Sin dificultad se comprende que todo enfriamiento obrará de un modo inverso. Cuando nuestros aposentos están bien calentados y los cristales se encuentran muy fríos, el aire que los toca se enfría también, hácese más pesado y, deslizándose á lo largo de los cristales, se extiende por el suelo. Al punto la capa de gas calentado que se encontraba bajo el techo precipitase para continuar la corriente y gana lo alto de las ventanas, filtrando á través de la parte superior de las cortinas, dejando allí, como una prueba de su paso, el polvo que contenía. Reunamos ahora esos dos efectos del calor y del frío. Un brasero ardiendo, colocado en medio de una estufa, llama el aire á su alrededor y lo lanza arriba; pero los cristales lo enfrían, lo hacen bajar y vuelve al brasero por el suelo. Dos causas distintas han concurrido á producir y perpetuar una doble corriente: caliente la una, elevada, que huye del manantial calorífico; fría la otra y rampante, que vuelve á su punto de origen.»



La lotería de Roma

Apliquemos ahora esas nociones familiares á lo que pasa en nuestra atmósfera. El globo terrestre está muy desigualmente calentado por el sol: los polos no lo están en modo alguno, las zonas templadas lo están tanto más cuanto menor es su latitud, y hay, por fin, una zona que recibe más calor que todas las demás, y es aquella en que los rayos del sol caen á plomo. Puede ser asimilado á un hogar que diese la vuelta al mundo y estuviese entretenido por el sol. Allí donde es más caliente el aire, es también más ligero, y allí es donde se eleva, como lo hace en nuestras chimeneas, rodeando al globo con un anillo de gas ascendente: es el *anillo ó zona de aspiración*, la chimenea de la atmósfera. Arrastra las corrientes de aire que bordean el ecuador, y,



puestas en movimiento éstas, atraen á su vez el aire de las latitudes más elevadas, y esta atracción, trasmitiéndose de una latitud á otra, engendra en las capas inferiores del aire un movimiento de conjunto que las trasporta del Norte al Sur hacia el ecuador. Son las dos *corrientes polares*.

Durante este tiempo la inmensa masa de aire que se ha elevado en el anillo de aspiración debe permanecer indecisa un momento en los límites últimos



La lotería de Roma

de las alturas atmosféricas y extenderse como la nube que domina los cráteres volcánicos, para avanzar desde allí en dos sábanas, huyendo del ecuador, enfriándose en su camino, descendiendo hacia las comarcas polares y juntándose con la tierra para cambiar allí de dirección. Esos dos trasportes de las masas superiores son las *corrientes ecuatoriales*.»

Vamos á dar algunos pormenores de esta circulación, transcribiendo lo dicho por M. Jamin. «No hay que creer,—escribe este autor,—que la inmensa cantidad de aire que se ha elevado del ecuador venga á concentrarse por entero sobre los polos para precipitarse desde allí en seguida, cayendo en una especie de embudo estrecho.

Si así pasasen las cosas, la enorme masa de gas adquiriría una velocidad prodigiosa é imprimiría con su caída á la tierra y á los mares polares una impulsión desastrosa. Nada de esto sucede. La corriente superior, en efecto, va concentrándose del ecuador á los polos, como los meridianos que se trazan en una esfera. Su cauce se estrecha, hácese más pesado y deja escapar de lo alto hacia abajo filetes derivados que van á confluír en la corriente polar. Por este medio se regula y conserva en cada latitud una intensidad igual. La corriente inferior, por el contrario, que se extiende irradiando desde los polos hacia el ecuador, se iría retrasando en un cauce que se hace á

cada momento más ancho si no recibiera para reanimarla las *derivaciones descendentes* que le suministra la corriente superior. Esas derivaciones son las que, multiplicándose ó retrasándose, y dirigiéndose al norte ó á mediodía, en un punto ú otro, restablecen el equilibrio de la atmósfera, alterado á cada instante, siendo igualmente las que hacen cambiar la dirección de los vientos y traen la lluvia. Esta teoría nos muestra, en resumen, que la tierra debe estar rodeada por dos grandes ríos aéreos, uno superior, que parte del ecuador, y otro inferior, que regresa allí, concentrándose el primero en los polos, divergiendo el segundo á medida que se aleja de ellos, y mezclándose ambos en su trayecto por derivaciones descendentes, como se ve en un río juntarse, arremolinándose, la corriente directa y los remansos.»

Basta con lo dicho para comprender la causa general de los vientos. Ahora bien: si la tierra estuviese uniformemente cubierta de agua, habría una gran fijeza climatológica en todas las zonas; pero como no hay nada más irregular que la distribución de los mares y continentes, de ahí las numerosas perturbaciones que experimentan los vientos, entre las cuales

ocupan el principal lugar los llamados *ciclones*. Pero antes de hablar de ellos diremos algunas palabras sobre las *trombas* ó mangas.

M. Planté ha hecho, valiéndose de poderosas corrientes eléctricas, varias investigaciones que prestan mucha luz acerca de la naturaleza de dichos fenómenos. Uno de sus experimentos consiste en hacer fluir una vena de agua salada, desde un embudo que comunica con el polo positivo de una fuerte batería, á una cubeta en la cual sumerge el polo negativo y debajo la cual se halla colocado un electroimán. Al punto en que queda cerrado el circuito, obsérvase, además de un desprendimiento de luz y de otro ruidoso de vapor de agua, un movimiento giratorio del líquido en sentido inverso del de las agujas de un reloj si el polo del electroimán es boreal, y en el mismo sentido



La lotería de Roma

si es austral. En el punto en que la vena encuentra la superficie del agua, surgen numerosos glóbulos luminosos. Encuéntranse en este experimento los principales efectos observados en las trombas, el zumbido que dejan oír, los relámpagos que las surcan, el hervidero de las aguas en su extremidad inferior. La acción del electroimán tiende á demostrar que su movimiento giratorio está producido por la influencia del magnetismo terrestre en la salida del flujo eléctrico.

(Se concluirá)

L. DE LA C.

## NUESTROS GRABADOS

### PARTIDA DE CAMPO

Escena encantadora. En ninguna parte, salvo mejor parecer, se está mejor que en el campo, cuando el campo está hermoso y hace buen tiempo y uno está aburrido de ver calles, tiendas y ringorrangos.

### ¡Á LA ESCUELA!

Aunque todo esté nevado, ¡á la escuela! Y ¿por qué no? La mayorcita va muy contenta; pero ese señorito encontraría siempre pretextos para hacer novillos. No hay más, pues: ¡á la escuela con él!

### DIFERENCIAS

Algo le hizo la gentil jugadora de cricket al airado mocito cuando tan descompuesto se ve á éste. La intervención de su hermana, sin embargo, hará que las diferencias se arreglen amistosamente.

### LA URRACA

Es singular la afición que les tienen los niños á las urracas, y las urracas á los niños. Dejando á un lado las deplorables condiciones morales de aquellos volátiles, no se negará que se trata de unos animalitos muy bonitos, aunque un tanto sucios.

### RETRATO DE NIÑA

Una hermosa niña, como cualquiera puede ver, y digna de ser retratada. No hay, sin embargo, que mostrarse demasiado orgullosa por ser bonita, pues la belleza sin la bondad es cosa harto deleznable.

### LA LOTERÍA DE ROMA

Aun se conservan en Roma muchas costumbres de otros tiempos, en que la *celebración* de la lotería era uno de los más importantes acontecimientos. Véase á cuánta algazara da lugar todavía hoy la *extracción*.





## CUENTOS ESLAVOS

(Continuación)

Continuó el águila su vuelo y á poco dijo al rey:

—Mira otra vez lo que hay sobre nosotros y abajo.

—Arriba está el cielo y abajo la tierra.

—Mira ahora á derecha é izquierda.

—A la derecha se ve la llanura y á la izquierda una casa.

—Allí vive mi segunda hermana. Vamos á visitarla.

Dirigiéronse á la casa y penetraron en un inmenso patio. Aquélla recibió cordialmente á su hermano é hizole sentar á una mesa de roble; pero el rey quedó fuera y muy pronto vióse acometido por los perros. Enfurecida el águila, saltó de la mesa, y, cogiendo al rey, se lo llevó. Cuando hubieron volado algún tiempo el ave dijo al monarca:

—Mira alrededor y dime qué hay detrás de nosotros.

El rey miró.

—Veo una casa roja.

—Es la de mi segunda hermana, que está ardiendo. Ahora volaremos hasta la mansión donde habitan mi madre y mi hermana mayor.

Así lo hicieron. La madre del águila y su hermana recibieronla con alegría, y al rey cordial y respetuosamente.

—Ahora, rey mío,—dijo el águila,—puedes descansar un poco con nosotros, y después te daré un barco, con lo cual pagaré el gasto que hice en tu casa, facilitándote así el medio de volver á tu palacio.

El águila dió efectivamente al rey un barco y dos cofres, uno rojo y otro verde, diciéndole:

—Te encargo mucho que no abras ninguno de estos dos cofres hasta llegar á tu palacio. Una vez allí, abre el rojo en el patio posterior y el verde en el anterior.

El rey tomó los dos cofres, despidióse del águila y se embarcó. Muy pronto llegó á una isla y allí se detuvo el barco. El rey saltó á tierra y, paseándose de un lado á otro, fijóse su pensamiento en los cofres. Hubiera querido saber lo que contenían y por qué había recomendado el águila que no los abriese. Después de reflexionar mucho, no pudiendo ya dominar su curiosidad, cogió el cofre rojo, sentóse en el suelo y lo abrió. De él salieron tan diversas especies de ganado, que no pudo contarlas, y la isla quedó poblada de animales.

Al ver esto el rey, disgustóse mucho, y, poseído de profundo abatimiento, comenzó á lamentarse, exclamando:

—¡Infeliz de mí! ¿Cómo podré yo ahora guardar todo ese ganado en un cofre tan pequeño?

No bien lo hubo dicho, cuando salió del agua un hombre y, acercándose al rey, le preguntó:

—Señor: ¿por qué os lamentáis tan amargamente?

—¡Ay de mí!—contestó el rey.—Porque no sé cómo guardar todo ese numeroso ganado en un cofre tan pequeño.

—Tranquilizaos. Si queréis yo lo haré, pero con una condición, y es que me deis una cosa que se halla en vuestro palacio, sin que sepáis aún su existencia.

—¿Qué puede haber allí sin que yo lo sepa?—dijo el rey después de reflexionar.—Yo creo conocer muy bien todo cuanto hay en mi palacio; pero, en fin, encerrad el ganado: os daré lo que hay en mi palacio que yo no haya visto.

El hombre encerró el ganado en el cofre; el rey volvió á embarcarse y continuó su marcha.

Sólo cuando llegó á su palacio supo que la reina había dado á luz un hijo. Prodigóle las más tiernas caricias y al mismo tiempo prorrumpió en llanto.

—Señor,—le dijo la reina;—¿por qué lloráis tan amargamente?

—Es de alegría,—contestó el rey, no atreviéndose á decir la verdad.

Después dirigióse al patio exterior y abrió el cofre rojo, de donde salieron al punto bueyes y vacas, ovejas y carneros, y tanta infinidad de otras especies de animales, que todos los patios se poblaron. En seguida fué al otro patio, abrió el cofre verde y apareció un magnífico jardín con soberbios árboles.

Alborozado con esto el rey, olvidó por el pronto la promesa de entregar á su hijo.

Pasaron muchos años, y un día que paseando llegó hasta las márgenes de un río, salió repentinamente de sus aguas el mismo hombre que se le apareció en otro tiempo en la isla, el cual le dijo:

—Muy pronto olvidas tus promesas, rey, y debieras recordar que eres mi deudor.

El rey volvió á palacio poseído de profunda tristeza y dijo toda la verdad á su esposa y al príncipe. Los tres lloraron juntos; pero al fin, comprendiendo que debían cumplir la promesa, resolvióse entregar al príncipe, que fué conducido á la orilla del río, en donde le dejaron enteramente solo.

El príncipe dirigió una mirada á su alrededor, y, como viese un vado, dirigióse por él, pensando que Dios le conduciría donde fuera su voluntad. Anduvo mucho tiempo, y al fin llegó á un espeso bosque, donde divisó una choza, en la cual vivía una Baba-Yaga.

(Se continuará)

---

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

---

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA